

sionado la guerra de los Medos y la del Peloponeso.

El ensayo histórico que acabo de dar, concluye en la conquista de Atenas. En la relacion de mi viage referiré los principales sucesos ocurridos desde esta época hasta mi salida de Escitia: ahora voy á aventurar algunas reflexiones sobre el siglo de Pericles.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE PERICLES.

Al principio de la guerra del Peloponeso los Atenienses se debieron sorprender viéndose tan diferentes de sus padres. Todas cuantas leyes, instituciones, máximas y ejemplos se habian acumulado en los siglos precedentes para conservar la pureza de costumbres, perdieron su autoridad en pocos años. Jamas se probó de una manera mas terrible, que las grandes victorias son tan peligrosas para los vencedores como para los vencidos.

He indicado mas arriba los efectos fatales que produjeron en los Atenienses sus conquistas, y el estado floreciente de su marina y comercio. Se les vió dilatar repentinamente los dominios de la república, y trasportar á su seno los despojos de las naciones aliadas y sometidas. De aquí nacieron los progresos sucesivos de un lujo

ruinoso, y el insaciable deseo de fiestas y espectáculos. Como el gobierno se abandonaba al delirio de un orgullo, que se lo creia permitido todo, porque podia atreverse á todo, los particulares á su imitacion, sacudian toda especie de freno impuesto por la naturaleza y la sociedad.

Muy pronto el mérito no obtuvo mas que una fria estimacion; y todas las atenciones se le tributaron al crédito: las pasiones se dirigieron al interes personal, y todas las fuentes de corrupcion se derramaron con profusion por el Estado. El amor, que antes se cubria con el velo del himeneo y del pudor, encendió abiertamente fuegos ilegítimos. Multiplicáronse las mugeres públicas en la Atica y en toda la Grecia. Vinieron de la Jonia, de aquel hermoso clima donde nació el arte del deleite. Unas se atraian muchos adoradores, á los que amaban sin preferencia, y de quienes eran amadas sin rivalidad: otras limitándose á una sola conquista, llegaron, por una apariencia de regularidad, á ganarse la atencion y alabanzas de un pueblo facil, que las atribuia á mérito el ser fieles á sus empeños.

Testigo Pericles del abuso, no trató de corregirle. Cuanto mas austero era en sus costumbres, tanto mas pensaba en corromper las de los Atenienses, á quienes hacia muelles con una continuacion de fiestas y de juegos.

La célebre Aspasia, nacida en Mileto de Jonia, favoreció las miras de Pericles, de quien fué sucesivamente dama y esposa. Tuvo tal ascendiente sobre él, que se le acusó de haber suscitado mas de una vez la guerra para vengar sus injurias personales. Ella se atrevió á formar una sociedad de cortesanas, cuyos atractivos y favores debian adherir los jóvenes atenienses á los intereses de su fundadora. Algunos años antes se habia sublevado toda la ciudad á la sola idea de semejante proyecto, y cuando se ejecutó, solamente excitó algunas murmuraciones. Los poetas cómicos se desencadenaron contra Aspasia; mas no por esto dejó ella de reunir en su casa la mas brillante compañía de Atenas.

Pericles autorizó el libertinage, Aspasia le extendió, y Alcibiades le hizo amable. Su vida fué tachada de todas las disoluciones; pero estaban acompañadas de tantas calidades brillantes, y tan á menudo mezcladas de acciones honestas, que la censura pública no sabia donde fijarse. Por otra parte, ¿ cómo se habia de resistir al atractivo de un veneno, que parecia distribuido por las mismas Gracias? ¿ Cómo condenar á un hombre, á quien nada faltaba para agradar, y que no perdonaba á nada para seducir: que era el primero que se condenaba: que reparaba las menores ofensas con atencio-

nes tan tiernas; y que parecia mas bien que se le escapaban las faltas, que el que él las cometia? Así se acostumbró el pueblo á ponerlas en la linea de aquellos juegos ó descarríos, que desaparecen á vista del ardor de la edad; y como la indulgencia concedida al vicio, es una conspiracion contra la virtud, sucedió, que á excepcion de un corto número de ciudadanos adheridos á las máximas antiguas, la nacion arrastrada por los encantos de Alcibiades, fué cómplice de sus extravíos, y á fuerza de excusarlos, acabó por defenderlos.

Los jóvenes atenienses fijaban su vista en este peligroso modelo, y no pudiendo imitar sus bellezas, creian acercarse copiándole, y sobre todo cargándose de sus defectos. Se hicieron frívolos, porque él era ligero: insolentes, porque él era atrevido: independientes de las leyes, porque él lo era de las costumbres. Algunos menos ricos, y tan pródigos como él, ostentaron un fausto que los hizo ridículos, y arruinó sus familias: transmitieron estos desórdenes á sus descendientes, y la influencia de Alcibiades duró mucho tiempo despues de su muerte.

Un historiador juicioso* observa, que la guerra modifica las costumbres de un pueblo, y las exaspera en proporcion de los males que sufre. La

* Tucídides, lib. III, cap. LXXXII.

del Peloponeso fué tan larga, y los Atenieses padecieron tantos reveses, que su caracter se alteró sensiblemente. Su venganza no quedaba satisfecha, si no sobrepujaba á la ofensa. Mas de una vez lanzaron decretos de muerte contra los isleños que abandonasen su alianza: mas de una vez sus generales hicieron sufrir tormentos horribles á los prisioneros que caian en sus manos. Ya entonces no se acordaban de una institucion antigua, conforme á la cual los Griegos celebraban con cánticos de alegría las victorias conseguidas contra los bárbaros; y con lloros y lamentaciones las logradas contra los demas Griegos.

El autor que he citado observa tambien, que en el curso de esta guerra fatal, se hizo tal trastorno en las ideas y en los principios, que las mas comunes palabras mudaron de significacion: que se daba el nombre de tontería á la buena fe, de destreza á la doblez, de debilidad y pusilanimidad á la prudencia y á la moderacion; al paso que los rasgos de audacia y violencia eran tenidos por arrebatos de una alma fuerte, y de un celo ardiente por la causa comun. Esta confusion de lenguaje es quizá uno de los mas espantosos síntomas de la depravacion de un pueblo. En otros tiempos se hacian ofensas á la virtud: sin embargo todavía era reconocer su autoridad el señalarla limites; pero cuando se llega

á despojarla de su nombre, ya no tiene derecho al trono: se apodera de él el vicio, y domina tranquilamente.

Estas guerras tan sangrientas que tuvieron que mantener los Griegos, extinguieron un gran número de familias, acostumbradas muchos siglos antes á confundir su gloria con la de la patria. Los extrangeros y hombres nuevos que las reemplazaron; hicieron caer de un golpe la balanza del poder al lado del pueblo. El ejemplo siguiente manifestará hasta qué grado de exceso llegó su insolencia. Cerca del fin de la guerra del Peloponeso se vió á un tocador de lira, esclavo en otro tiempo, despues ciudadano por sus intrigas, y adorado de la multitud por sus liberalidades, presentarse en la asamblea general con una hacha en la mano, y amenazando impunemente al primero que opinase por la paz. Algunos años despues fué tomada Atenas por los Lacedemonios, y no tardó en rendirse á las armas del rey de Macedonia.

Tal debia ser el destino de un Estado, que se fundaba sobre las costumbres. Los filósofos, que suben á buscar las causas de los grandes acontecimientos, han dicho que cada siglo encierra de algun modo en su seno al siglo siguiente. Esta metáfora atrevida encubre una verdad importante, y confirmada con la historia de Atenas. El siglo de las leyes y de las virtudes preparó el

del valor y de la gloria: este último produjo el de las conquistas y el lujo, que acabó por la destrucción de la república.

Apartemos ahora nuestras miradas de estas escenas desconsoladoras, para echarlas sobre objetos mas agradables y mas interesantes. Por el tiempo de la guerra del Peloponeso redobló la naturaleza sus esfuerzos, é hizo repentinamente brotar una porcion de genios de todas especies. Atenas produjo muchos; y vió venir á un número mayor á solicitar en ella los honores de su aprobación.

Sin hablar de un Gorgias, de un Parménides, de un Protágoras; y de otros muchos sofistas elocuentes, que sembrando sus dudas en la sociedad, multiplicaban sus ideas; Sófocles, Eurípides, Aristófanes brillaban sobre la escena, cercados de rivales, que partian con ellos su gloria: el astrónomo Meton calculaba los movimientos de los cielos, y fijaba los límites del año: los oradores Antifon, Andócides y Lisias se distinguieron en los diversos géneros de elocuencia: Tucídides, movido todavía por los aplausos que habia recibido Heródoto cuando leyó su historia á los Atenienses, se preparaba á recibirlos semejantes: Sócrates trasmitia una doctrina sublime á sus discípulos, muchos de los cuales han fundado escuelas: generales diestros hacian triunfar las armas de la república: se erigian so-

berbios edificios segun los planes de los arquitectos mas sabios: los pinceles de Póignoto, de Parrasio y de Zeuxis; los cinceles de Fidias y de Alcámeno hermoseaban á porfia los templos, los pórticos y las plazas públicas. Todos estos hombres grandes, y todos los que florecian en otros países de la Grecia, se reproducian en discípulos dignos de reemplazarlos; y era facil prever que el siglo mas corrompido seria bien pronto el mas ilustrado de los siglos.

Así, mientras que diversos pueblos de esta region estaban amenazados de perder el imperio de los mares y de la tierra, una clase pacifica de ciudadanos trabajaba en asegurarla para siempre el imperio del espíritu: en honor de su nacion construian un templo, cuyos fundamentos se habian puesto en el siglo anterior, y que debia resistir á los esfuerzos de los siglos venideros. Las ciencias se manifestaban con nuevas luces cada dia, y las artes con nuevos progresos: la poesía no aumentaba su brillo, mas conservando el que tenia, le empleaba con preferencia en adornar la tragedia y la comedia, subidas de un golpe á su perfeccion: la historia, sujeta á las leyes de la crítica, desechaba lo maravilloso, discutia los hechos, y se hacia una poderosa lección, que lo pasado daba á lo venidero. Al paso que se levantaba el edificio, se veian á lo lejos campos descuajados, y otros que esperaban mejor cultivo.

Las reglas de la lógica y de la retórica, las abstracciones de la metafísica y las máximas de la moral, fueron explicadas en obras, que á la regularidad del plan, reunian la exactitud de ideas, y la elegancia del estilo.

La Grecia debió en parte estas ventajas á la influencia de la filosofía, que salió de la oscuridad despues de las victorias conseguidas contra los Persas. Apareció Zenon, y los Atenienses se ejercitaron en las sutilezas de la escuela de Elea. Anaxágoras les trajo las luces de la de Tales; y algunos se persuadieron á que los eclipses, los monstruos y los diversos descarríos de la naturaleza, no debian ponerse ya en la clase de los prodigios; pero se veian obligados á decirselo unos á otros en confianza, porque el pueblo acostumbrado á mirar estos fenómenos como avisos del cielo, se enconaba contra los filósofos que querian quitarle de las manos este ramo de supersticion. Perseguidos y desterrados, aprendieron, que para que la verdad sea admitida por los hombres, no debe presentarse á cara descubierta, sino deslizándose furtivamente tras el error.

Las artes tomaron pronta y velozmente su vuelo, no hallando preocupaciones populares que combatir. El templo de Júpiter, comenzado en tiempo de Pisistrato, y el de Teseo construido en el de Cimon, ofrecian á los arquitectos modelos que imitar; pero las pinturas y las estatuas

que habia, no presentaban á los pintores y escultores mas que ensayos que necesitaban de perfeccion.

Algunos años antes de la guerra del Peloponeso, Paneno, hermano de Fidias, pintó en un pórtico de Atenas la batalla de Maraton; y quedaron sorprendidos los espectadores, cuando creyeron reconocer en estas pinturas á los gefes de los dos ejércitos. Excedió á los que le precedieron, y casi al instante fué oscurecido por Polignoto de Tasos, Apolodoro de Atenas, Zeuxis de Heraclea, y Parrasio de Efeso.

Polignoto fué el primero que varió los movimientos del semblante, y se separó de la manera seca y servil de sus predecesores; y el primero tambien que engalanó las figuras de las mugeres, y las vistió con ropas brillantes y ligeras. Sus personajes llevan el caracter de la belleza moral, cuya idea estaba profundamente grabada en su alma. No se le debe notar de no haber diversificado bastante el tono de su colorido: este era defecto del arte, que por decirlo así, acababa de nacer.

Apolodoro tuvo en esto los recursos que faltaron á Polignoto. Hizo una feliz mezcla de sombras y de luces. Zeuxis perfeccionó luego este descubrimiento; y Apolodoro, queriendo justificar su gloria, ensalzó la de su rival. Dijo en una pieza poética que publicó: «yo habia hallado por la

« distribución de las sombras, secretos descubiertos hasta nosotros; pero se me han robado. El arte está entre las manos de Zeuxis. »

Este último estudiaba la naturaleza con el mismo cuidado con que concluía sus obras, que despiden de sí bellezas. En su cuadro de Penélope parece que pintó las costumbres y el carácter de esta princesa; pero generalmente hablando no fué en esta parte tan feliz como Polignoto.

Zeuxis aceleró los progresos del arte con la belleza de sus coloridos, y Parrasio, su émulo, con la limpieza de sus toques y corrección del dibujo. Poseía la ciencia de las proporciones; y las que dió á los dioses y á los heroes parecieron tan convenientes, que los artistas no dudaron adoptarlas, y le decretaron el nombre de legislador. Otros motivos debieron excitar su admiración. Hizo ver por la primera vez movimientos graciosísimos de cabeza, bocas hermoseadas por las gracias, y cabellos pintados con ligereza.

A estos dos artistas sucedieron Timante, cuyas obras, haciendo entender mas de lo que expresaban, descubrían el gran artista, y mas todavía el hombre filósofo: Panfilo, que por su mérito adquirió tanta autoridad, que hizo establecer en muchas ciudades de la Grecia escuelas de dibujo, prohibidas á los esclavos; y Eufranor, que siempre igual á sí mismo, se distingue en todas las partes de la pintura. Yo conocí á al-

gunos de estos artistas, y he sabido despues, que un discípulo que yo habia visto en casa de Panfilo, llamado Apeles, los habia excedido á todos.

Los progresos de la escultura no fueron menos admirables que los de la pintura. Para probarlo, basta citar en particular los nombres de Fidias, de Policleto, de Alcamedo, de Escopas y de Praxíteles. El primero vivía en tiempo de Pericles, y yo he tenido relaciones con el último. Así que, en el espacio de menos de un siglo, llegó este arte á tal grado de excelencia, que los antiguos tendrian que avergonzarse de sus producciones y de su celebridad, si volviesen ahora.

Si á estas diversas generaciones de talentos, añadimos las que los precedieron, subiendo desde el siglo de Pericles hasta Tales, el mas antiguo filósofo de la Grecia, hallaremos que el espíritu humano ha adquirido mas en cerca de doscientos años, que en la larga serie de siglos anteriores. ¿Qué mano poderosa le imprimió repentinamente, y conserva hasta nuestros días, un movimiento tan fecundo y tan rápido?

Soy de sentir, que de tiempo en tiempo, y tal vez á cada generacion, la naturaleza reparte sobre la tierra cierto número de talentos, que quedan sepultados, cuando nada hay que contribuya á desenvolverlos, y que despiertan co-

mo de un sueño profundo, cuando uno de ellos abre por casualidad una nueva carrera. Los primeros que se apresuran á seguirla, se dividen y reparten por decirlo así, las provincias de este nuevo imperio; y sus sucesores tienen el mérito de cultivarlas y de darlas leyes. Pero las luces del espíritu tienen un término, como le tienen las empresas de los conquistadores y las de los viajeros. Los grandes descubrimientos immortalizan á los que los han hecho, y los han perfeccionado: en lo sucesivo, no teniendo los hombres de talento los mismos recursos, no logran los mismos resultados, y quedan casi confinados á la clase de hombres ordinarios.

A esta causa general, es preciso juntar muchas particulares. Al principio de la gran revolución de que hablo, el filósofo Ferécides de Siros, y los historiadores Cadmo y Hecateo de Mileto, introdujeron en sus escritos el uso de la prosa, mas propia para la comunicacion de las ideas, que el de la poesía. Por el mismo tiempo, Tales, Pitágoras y otros griegos, trajeron de Egipto y de algunas regiones orientales conocimientos que trasmitieron á sus discípulos. Mientras que germinaban en silencio en las escuelas establecidas en Sicilia, en Italia, y sobre las costas de Asia, concurría todo al desenvolvimiento de las artes.

Las que penden de la imaginacion, están en-

tre los Griegos dedicadas especialmente al adorno de las fiestas y de los templos: tambien lo están á celebrar los hechos grandes de las naciones, y los nombres de los vencedores en los juegos solemnes de la Grecia. Dispensadores de la gloria que ellos participaban, hallaron en los años que siguieron á la guerra de los Persas, mas ocasiones de ejercitarse que antes.

Despues de haber gozado por algun tiempo la Grecia una prosperidad que aumentó su poder, fué entregada á disensiones, que dieron una actividad maravillosa á todos los espíritus. Se vió á un tiempo multiplicarse en su seno las guerras y las victorias, las riquezas y el fausto, los artistas y los monumentos. Las fiestas se hicieron mas brillantes, y los espectáculos mas comunes: los templos se cubrieron de pinturas; y las inmediaciones de Delfos y de Olimpia de estatuas. Al menor suceso, la piedad, ó mas bien, la vanidad nacional, pagaba un tributo á la industria, excitada por otra parte por una institucion que redundaba en beneficio de las artes. Cuando era necesario hermosear una plaza, ó un edificio público, trabajaban muchos artistas sobre la misma materia: exponian al público sus obras ó sus planes, y se concedia la preferencia al que reunia mas número de votos del pueblo. En Delfos, en Corinto, en Atenas y en otras partes, se establecieron concursos mas solemnes en favor

de la pintura y de la música. Las ciudades de la Grecia, que no habian conocido otra rivalidad que la de las armas, conocieron la de los talentos; y la mayor parte tomó un nuevo semblante á ejemplo de Atenas, que las excedió á todas en magnificencia.

Pericles, queriendo ocupar á un pueblo temible á sus gefes en los ocios de la paz, determinó consagrar al adorno de la ciudad una gran parte de las contribuciones que pagaban las naciones aliadas para continuar la guerra contra los Persas, y que se habian conservado hasta entonces en la ciudadela. Hizo presente, que haciendo circular estas riquezas, proporcionarian la abundancia á la nacion en el momento, y una gloria inmortal para lo venidero. Luego las manufacturas, los talleres, y las plazas públicas, se llenaron de una multitud de obreros y de peones, cuyos trabajos dirigian artistas inteligentes, segun los diseños de Fidias. Estas obras, que no se hubiera atrevido á emprender una gran potencia, y cuya ejecucion parecia exigir mucho tiempo, las acabó una pequeña república en el espacio de algunos años, bajo la administracion de un solo hombre, sin que una aceleracion tan asombrosa fuese perjudicial á su elegancia ó á su solidez. Costaron cerca de tres mil talentos*.

* Tucídides da á entender que habian costado tres mil y sete-

Mientras se trabajaba así, los enemigos de Pericles le echaron en cara, que disipaba las rentas del Estado. «¿Pensáis, dijo un día á la asamblea general, que es muy grande el gasto? — Excesivo, se respondió. — Pues bien, replicó él, correrá todo entero por mi cuenta, y haré poner mi nombre en estos monumentos. — No, no; exclamó el pueblo: que se construyan á expensas del tesoro público, y no perdoneis nada para acabarlos.»

Comenzaba á introducirse el gusto de las artes entre un corto número de ciudadanos; y el de las

cientos talentos, y comprende en su cálculo, no solamente el gasto de los Propileos y de otros diferentes edificios, construidos por orden de Pericles, sino tambien el del sitio de Potidea. Este, dice él en otra parte, costó dos mil talentos. No quedarían pues mas de mil y setecientos para las obras ordenadas por Pericles. Pues un autor antiguo refiere, que los Propileos solos costaron dos mil y doce talentos.

Para resolver esta dificultad, observemos que Tucídides no nos da el estado de las rentas de Atenas, mas que por el momento preciso en que se resolvió la guerra del Peloponeso: que á esta época apenas se comenzaba el sitio de Potidea: que duró dos años y que el historiador en el primer pasage no ha hablado sino de los primeros gastos de este sitio. Y suponiendo que subiesen entonces á setecientos talentos, destinaremos los otros tres mil para las obras con que Pericles adornó la ciudad. Tres mil talentos á cinco mil y cuatrocientas libras cada talento, hacen diez y seis millones y doscientas mil libras de nuestra moneda; pero como en tiempo de Pericles, podía valer el talento trescientas libras mas, tendremos diez y siete millones y cien mil libras.

pinturas y estatuas entre los ricos. La muchedumbre juzga de la fuerza de un Estado por la magnificencia que ostenta. De aquí aquella consideracion que lograban los artistas distinguidos por felices caprichos. Se vieron algunos trabajar gratuitamente para la república, y se les decretaron honores: otros que se enriquecieron, ya sea formando discípulos, ó ya exigiendo un tributo de los que iban á sus talleres á admirar las obras maestras de sus manos. Algunos ensoberbecidos con la aprobacion general, hallaron una recompensa mas lisonjera en el conocimiento de su superioridad, y en el homenaje que ellos mismos daban á sus propios talentos; y así no se avergonzaban de poner en sus cuadros esta inscripcion: « será mas facil censurarle que imitarle. » Zeuxis llegó á tanta opulencia, que al fin de sus dias regalaba sus pinturas, con el pretexto de que nadie podia pagarlas. Parrasio tenia tal concepto de sí mismo, que se atribuia un origen divino. A la embriaguez de su orgullo, se juntaba la de la admiracion pública.

Aunque las letras se cultivaron mas temprano, y con tan feliz éxito como las artes, se puede decir, que si se exceptúa la poesia, se promovieron menos entre los Griegos. Han manifestado estimar la elocuencia y la historia, porque la primera es necesaria para la discusion de sus intereses, y la segunda para su vanidad; pero

los demas ramos de literatura deben su aumento mas bien al vigor del suelo, que á la proteccion del gobierno. En muchas ciudades se hallan escuelas de atletas, mantenidas á expensas del público; pero en ninguna establecimientos durables para los ejercicios del espíritu. Hace poco tiempo que el estudio de la aritmética y de la geometría entra en el plan de educacion, y se empieza á no espantarse ya de los conocimientos fisicos.

Bajo de Pericles las investigaciones filosóficas fueron severamente prohibidas en Atenas; y mientras los adivinos eran mantenidos algunas veces con distincion en el Pritaneo, los filósofos apenas se atrevian á confiar sus dogmas á sus discípulos fieles. No eran mejor recibidos en los demas pueblos. Objetos de odio y de desprecio en todas partes, no evitaban los furores del fanatismo, sino teniendo cautiva la verdad: ni los de la envidia, sino con una pobreza voluntaria ó forzada. Mas tolerados el dia de hoy, se vela sobre ellos tan de cerca, que á la menor licencia, se hacen á la filosofia los mismos ultrajes que antes.

De estas reflexiones se puede inferir: 1º que los Griegos han honrado siempre mas á los talentos que sirven á sus placeres, que á los que contribuyen á su instruccion: 2º que las causas fisicas han influido mas que las morales en el adelan-

tamiento de las ciencias; y que las morales han tenido mas influencia que las físicas en el de las artes: 3º que los Atenienses carecen de fundamento para atribuirse el origen, ó á lo menos la perfeccion de las artes y de las ciencias. Se lisonjean vanamente de abrir á las naciones las sendas brillantes de la inmortalidad: la naturaleza al parecer no los distinguió de los demas Griegos en la distribucion de sus favores. Han creado el género dramático: han tenido oradores célebres, dos ó tres historiadores, un corto número de pintores, de escultores, y arquitectos hábiles; pero el resto de la Grecia puede oponerles una multitud de nombres ilustres en todos géneros. Ni sabré decir si el clima de la Atica es tan favorable á las producciones del espíritu como los de Jonia y de Sicilia.

Atenas es menos la cuna, que la morada de los talentos. Sus riquezas la ponen en estado de emplearlos, y sus luces en el de apreciarlos: la fama de sus fiestas, la dulzura de sus leyes, el número y caracter condescendiente de sus habitantes, bastarian para fijar en su recinto á unos hombres ansiosos de gloria, y que necesitan un teatro, rivales, y jueces.

Pericles los ganaba con la superioridad de su crédito: Aspasia con los encantos de su conversacion; y uno y otra por una estimacion ilustrada. No se podia comparar á Aspasia sino con

ella misma. Su hermosura admiró menos á los Griegos, que su elocuencia, y que la profundidad y gracias de su espíritu. Sócrates, Alcibiades, los literatos y artistas mas afamados, los atenienses y ateniensas mas amables, se juntaban al rededor de esta muger singular, que hablaba á todos en su lengua, y se atraia las atenciones de todos.

Esta sociedad fué el modelo de las que se formaron despues. El amor de las letras, de las artes y de los placeres, que reúne los hombres y confunde las clases, hizo conocer el mérito de eleccion en las expresiones y en los modales. Los que habian recibido de la naturaleza el don de agradar, quisieron agradar en efecto; y el deseo añadió nuevas gracias al talento. Luego se distinguió el tono de la buena compañía. Como en parte se funda en conveniencias arbitrarias, y supone finura y tranquilidad de espíritu, tardó mucho en depurarse, y nunca pudo introducirse en todas las condiciones. En fin, la cortesania, que al principio no fué mas que la expresion del aprecio, llegó á serlo de la disimulacion. Se tuvo el cuidado de prodigar atenciones á los demas, para lograrlas mayores, y de respetar su amor propio, para no ser inquietado en el suyo.